

ENIGMÁTICO

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

ENIGMÁTICO

Eso dicen de mí cuando me observan: que soy enigmático. No tengo muy claro qué significa esa palabra. Bueno, sí que lo sé: que encierro algún enigma indescifrable para la mayoría. Lo que no entiendo es qué enigma ven en mí, si yo me veo completamente normal.

También para mí, ellos, son enigmáticos. O quizás no es que lo sean sino que yo no les entiendo bien. Como las nubes del cielo, siempre cambiantes, a veces amenazantes, bienhechoras en su justa medida cuando se vuelven mansa lluvia o, malvadas, cuando nos parten sus rayos sin venir a cuento de qué o si se abren como un huevo para freír y dejan caer toda su carga de agua, de golpe. Pues eso: enigmáticas también.

Es verdad que no soy muy hablador, que voy a lo mío, que también soy muy curioso y que eso me mete a veces en situaciones bien comprometidas. Tampoco soy cariñoso, ni agradecido, aunque me gustan las caricias de los demás para un rato que nunca sé durante cuánto tiempo se las voy a permitir. Unas veces, se me hacen cortas y les reclamo, con mejor o peor fortuna, que sigan pasándome sus manos por mi piel, que me rasquen la cabeza, la espalda, o mi pecho si me echo largo en el suelo buscando mi comodidad en la frescura del terrazo. Otras veces, ellos quieren seguir con las caricias pero a mí, por alguna razón, me han hartado, y sin poder reprimirme, les hago un repentino gesto hostil para hacérselo saber lo que, según de quién se trate..., me gano con ello una patada.

Se diría que tengo un humor, de perros. Pero no, porque estos son más previsibles y se les ve venir en sus intenciones. Más que enigmático..., yo creo que soy raro. Ni yo mismo me entiendo en mis reacciones.

Bueno, que no me quiero rayar la cabeza. Soy así, y punto. No me va tan mal: los demás se comportan conmigo como auténticos amigos y yo..., sólo, cuando me conviene.

Y aquí estoy, aposentado en el sofá, observando por la ventana a la vecina de enfrente, que contempla el mundo que la rodea apoyada en la ancha barandilla de obra de su terraza, casi inmóvil.

Cada día, desde que la descubrí hará unos dos años en ese mismo lugar que ahora ocupa, en las mismas horas en que el sol calienta su cuerpo suave, ondulado, y esponjoso..., me enseña sus ojos azules cuando no se deja llevar por la pereza de la mañana y me los mantiene abiertos sólo a

ratos para que yo no pueda evitar el mirarlos como lo estoy haciendo ahora.

No sé cómo se llama en realidad, aunque yo ya la he bautizado con "Katty", mientras dé con su verdadero nombre. Y cuando pienso en ella o la veo, la imagino "Katty", un diminutivo cariñoso de Katherine, o Katrina. No sé porqué. Quizás, en alguna película de las que ponen en la televisión saldría alguien con ese nombre y me pareció sugerente. Ella, lo es..., y mucho.

Quizás... hasta enigmática también, si me apuráis. Sí, eso, sugerente y enigmática. Con su preciosa cara, su pelo corto y suave, y con esa mirada que parece desdeñar el mundo, segura en su terraza y..., fijo, mimada por la vida.

No me hace caso cuando me asomo por la ventana abierta para verla mejor, o tal vez sólo finge que no me ve o que no le importo, sólo por hacerse la interesante sabiéndose guapa, y ponerse en valor ante mí. No seré el único que esté colado por Katty, ya me lo imagino, y que otros de los que sí tienen acceso hasta ella porque ninguna calle les separe, como es mi caso, la rondarán buscando su oportunidad.

Muchos días, pienso: "hoy, no me asomaré a mirarla", por intrigarla un poco. Bueno, más bien es que me asomo sin que ella vea que lo hago, porque dejar de observarla..., no puedo. Su mirada orgullosa e indiferente a lo que a su alrededor sucede, me atrae y me atrae..., sin remisión.

Trato de imaginar mi vida con ella. ¿Cómo sería? Pues si me atengo a lo que me hace sentir en la distancia de nuestras actuales vidas..., maravillosa. Sólo tendría ojos para ella, que no le faltara de nada, que no pudiera reprocharme que no tiene de esto o de aquello, porque seguro que exigente, lo será. Las chicas guapas, son así: siempre poniéndote a prueba de hasta dónde eres capaz de llegar por satisfacerlas. Y nosotros, como tontos atrapados en su red, a dárselo. Nada, es ley de vida contra la que no se puede luchar, porque llevas todas las de perder.

Si fuéramos pareja de verdad..., me gustaría tener muchos hijos, muchos. Los bebés, me encantan. Y cuando crecen un poco y se vuelven unos traviesos juguetones..., más. Cansan, porque no se les ocurre nada bueno y no puedes perderlos de vista ni un momento, pero son encantadores. Y los grabaría haciendo sus travesuras, para llevarlos en el móvil como hace mucha gente, que les dicen a sus amigos: "¡Mira..., mira... en este vídeo qué graciosos, cómo juegan con la pelotita!". Seguro que si fueran mis bebés, me moría del gusto.

Pero... ¿por qué soy enigmático, que dicen? Quizás crean que por el hecho de que me quede quieto en algún lugar de la casa, con mi mirada al frente mientras algún ruido o movimiento extraños no me sacan de mi

ensimismamiento..., piensen que estoy maquinando algo, rumiando alguna idea que me viene a la cabeza como dándole vueltas para resolver alguna duda, buscar la solución a un problema o..., a algún enigma. Sí, puede ser que visto yo, desde fuera..., dé esa sensación.

Pero para nada. Ya sé que no es lo que suelen hacer los demás, que enseguida se cansan de estar en la misma posición, o haciendo la misma cosa, o distraerse con algo para vencer al tedio de estar parado. A eso achaco yo su obsesión por ver qué ponen en la tele en tal o cual canal, y van avanzando canales sin rumbo fijo sólo por encontrar algo que les llame la atención. Se detienen un instante, dudan, y siguen pasando canales hasta que se rinden, nada les gusta, y se decantan al final por el librito de los crucigramas para llenarlos con las palabras adecuadas exigidas por quien los ha ideado.

Mucha utilidad... no le veo a eso, a lo de añadir palabras y más palabras sin que obtengas un premio por ello. No es natural ese comportamiento en los seres vivos. Lo normal es que cualquier consumo de energía, cualquier asunción de un riesgo, ha de tener una finalidad. Moverse del punto A, al punto B, tiene que tener un objetivo beneficioso, como encontrar comida, ampliar territorio, o conquistar alguna hembra..., porque vas a invertir una energía en ello y lo tienes que compensar con la esperanza de encontrar más o mejor energía de la gastada, o algo de lo que busques, que te merezca la pena. Gastar 5, para encontrar sólo 2..., pues no. El enigma que ven en mí es, quizás, que no saben por qué espero paciente..., la oportunidad que busco.

Yo, para moverme de mi sitio, tengo que tener mi recompensa como algo muy posible. Seguro..., no hay nada, ya lo sabemos. Por eso, cuando no veo esa posibilidad, me quedo quieto. Normalmente, mi sitio preferido es frente a la ventana, y no sólo por ver a mi vecina, a mi amor casi imposible, sino porque el mundo va pasando por delante de mis ojos, sin tener que recorrerlo. Así que..., si es por todo eso por lo que me dicen que soy enigmático pues..., puede que tengan razón.

No siempre estoy quieto en un sitio, claro. Como la casa donde vivo es grande, también me gusta recorrerla, sobre todo, si estoy solo. El refrán ése de "más vale solo...", pues que es verdad, porque los dos pequeños, dan mucha guerra, persiguiéndose por las habitaciones y desbaratan mi reposada vida. Así que cuando se van al cole y se queda su madre haciendo las cosas de la casa o utilizando el ordenador porque trabaja desde ahí, es cuando me siento el dueño de mi tiempo, y es como si me quedara solo del todo. Ella, no se mete en lo que yo hago y me deja a mi aire. No la importuno porque cuando está centrada en algo, no está para zarandajas. En eso, se parece a mí.

A ella, como a mí, hay que acercarse sólo si lo desea. Y si lo desea..., hay que acercarse. Son los demás los que tienen que adivinar nuestro

estado de ánimo. Sólo les pedimos que nos presten atención y que sepan qué deben de hacer y qué no.

Somos algo egoístas, ella y yo, lo reconozco, sin pensar nunca en qué necesitan los demás, de nosotros. Me refiero en cuanto a dar o recibir afectos. Si no estamos por la labor..., que nos dejen tranquilos.

Bueno, pues eso, que me gusta cuando la casa está tranquila y la recorro de arriba a abajo, como si no me supiera de memoria cada rincón de ella, cada cama, cada silla, cada armario o cada mesa. Si entro en la cocina, rara es la vez que no coma un poco, o bebo. No es por hambre, no, ni por sed, sólo es... como una costumbre que he cogido porque siempre encuentro algo que han dejado preparado para mí, de puro consentido que estoy.

Estoy a gusto aquí, con lo que todos me miman y sé que puedo confiar en ellos, en que me quieren y se desviven por comprarme las comidas de gourmet que tanto me gustan. Todo eso, lo sé. Entonces... ¿por qué yo no les quiero de la misma manera? Me gustaría sentir eso que ellos sienten por mí cuando estoy a su lado. Tampoco me exigen que les quiera, no, me aceptan tal como soy, egoísta, como así me lo dicen. Una forma de ser que en sus amigos, o en sus familiares, lo ven como algo negativo... y ponen cara de asquito cuando nombran a alguno que se comporta de esa manera. En cambio, a mí, cuando me dicen: "ven aquí..., egoistilla...", se sonrían como si tal cosa fuera en mi caso, virtud.

Pero no consigo querer, ni comprender qué es "querer", y me da un poco de rabia no sentirlo, sólo como experiencia. Una vez, al menos, no para siempre que tampoco pretendo volverme del revés de cómo soy, como se hace con un calcetín. Cada uno, somos como somos y, yo, soy egoistilla y enigmático, que dicen. Tampoco los hombres pueden sentir como las mujeres, ni las mujeres como los hombres. Es un vacío interior que cada sexo tiene, y que por mucho que te empeñes, las cosas las vas a ver con diferentes gafas. Ya es mucho, si se puede comprender que son sentires distintos, no superiores ni inferiores, sino complementarios.

No os lo he contado: Carol, es la mayor de los hermanos. Tiene 18 años y va a la Universidad, aunque hoy tiene fiesta. Lleva una melena rubia, lacia, que le cae sobre los hombros. A mí me parece muy guapa, en un estilo muy distinto del de mi vecina, cada cosa como es, un poco melancólica, como si estuviera en la inopia siempre, aunque eso no le impide sacar siempre buenas notas, o ser muy cariñosa conmigo. También es a la que más le consiento, cuando me hace cosas que no me apetecen en ese momento.

Se acaba de levantar de la cama, y se despereza sentada en el sofá cuando ya oigo a su madre que le pregunta desde su cuarto de trabajo, que si ha desayunado, aunque sabe que no puede ser porque la ha oído

que justo acababa de salir de su habitación hace dos minutos. En el idioma de las féminas, sólo quiere recordarle que desayune, que no lo olvide y que, coma lo que coma Carol, su madre nunca se dará por satisfecha. Si come galletas, le dice que son azúcares y carbohidratos que no conducen a nada. Y si sólo se come dos kiwis, que tiene que comer también algo más contundente, porque se está quedando en los huesos. Carol, mira al techo, porque es lo más alto que tiene sobre su cabeza, y suspira solicitando paciencia con ella al Altísimo, quien estará mucho más arriba del techo ése adornado con molduras un tanto barrocas, y que su madre no quiso tocar cuando la reforma, porque le parecían totales.

"¡Sí..., mamá, ahora iré, que quiero descansar un poco en el sofá hasta que se me pase la tontuna de tanta dormida!", le grita para que la deje tranquila.

Va "vestida" con el mini pijama ése que se compró en Intimissimi porque era muy fresco, con un pantaloncín cortito y amplio que le deja media nalga al aire, en su perezoso caminar. Y el top, así lo llama ella, que ni abriga ni tapa..., de modo que cuando dé vueltas en la cama..., si no se le salen las tetas es porque se le quedaron a medio hacer. Su madre, se pone loca cuando le dice Carol que quiere ponerse unos implantes de silicona, y le contesta alterada que el conjunto de su cuerpo lo tiene perfecto, que es lo que cuenta. Y tiene razón: la prueba está en que no paran de mandarle whatsapps los amigos y compañeros de la Uni, que tan coladitos están por ella.

Bueno, ya se le pasará con el tiempo, dice resignada la madre.

Me levanto de donde estoy medio amodorrado y dejo sitio para que Carol se ponga a mi lado. Entre ella y yo hay mucha complicidad, gracias a que todavía, a ella, no se le ha vuelto el carácter incierto, como a su madre. O como a mí.

Mucha gente piensa que esa evolución femenina, tiene que ver con el matrimonio, una institución creada para acabar sin contemplaciones, con el enamoramiento. Si es así..., aún le quedan algunas fases de su vida por las que transitar hasta entonces.

Ha puesto sus piernas que por fin dejaron de crecerle, sobre un taburete enano, conecta la tele, me mira, y me señala sus muslos carnosos y de piel brillante. Su regazo, es mi sitio preferido y lo sabe. Y a ella le gusta sentirme allí.

Me encanta la suavidad de su piel, el calorcito que desprende ese rincón que todos los tíos anhelan y el aroma que, todo él, desprende. Y en ese huequecito mágico, apoyo mi cabeza buscando la posición ideal y cuando la encuentro, dejo que su mano me rasque por el cuello o por la cabeza. Podría pasarme horas así pero..., no dura tanto. Sobre todo porque su

madre, como es capaz de hacer dos cosas a la vez, al mismo tiempo que atiende al ordenador, sigue insistiéndole a Carol que tiene que desayunar, que es muy importante esa primera comida del día, que lo dijo el otro día en la tele el nutricionista de cabecera de Mick Yagger que, ése..., sí sabe lo que se hace.

Así que adiós a su cálido regazo, a los muslos color de miel, y las caricias que finjo que sólo me dejo dar como haciéndole un favor a Carol, quien se va para la cocina por no oír el sonsonete de su madre y sus manías alimentarias.

¡Quietos un momento!: ya se ha puesto en marcha. Enseguida lo oigo aunque apenas hace ruido en su noria de juguete, situada en el cuarto de los pequeños, ahí está como un capullo sin sentido, tratando de escalar por los peldaños colocados formando un círculo que gira y gira, sin que "Paco", el hámster que tienen, consiga llegar a ninguna parte. Dicen que lo hace para que no se raye de estar todo el día encerrado en su minúscula cárcel, donde sólo con dos pasos que dé, lo tiene todo: comida y agua. Todo..., menos una novia. Ni siquiera puede verla, como sí puedo yo con mi Katty, aunque inalcanzable a escasos 30 metros de mí. Pero no tengo que imaginármela, al menos, porque sé cómo es. De aspecto.

Pero... y el Paco éste, cuando le entren las ganas de algo que no sabe qué es eso que le está pidiendo el cuerpo, y no puede salir tampoco en busca de ese algo que nunca antes ha podido ver ni imaginar siquiera..., ¿qué sentirá?

Me lo conozco de sobras, al Paquito circense que no para quieto cuando es esta hora, y aún así, no puedo evitar el ir a verlo. Así, que para allá voy, a ver lo mismo de siempre: me verá acercarme y, con su ojos negros y su cara de susto, comenzará a girar aún más rápido como si quisiera huir de mí cuando me ve cada día. Yo no puedo evitar venir a observarlo, y él no puede evitar el pánico. "Ni que te fuera a comer..., chico...", le digo.

Pero mañana, volveremos a cumplir con este ritual, los dos. Mejor..., me voy a ver a mi amor.

Me coloco frente a la ventana y espero. Aún es un poco pronto. Ella, hasta que no está arreglada y perfectamente aseada..., no sale a la terraza. ¿No veis que son muchos meses de contemplación de sus hábitos diarios y me los conozco todos?

¿Por qué será, que ni me mira?, me pregunto yo. A veces, creo que igual es que es racista. Lo digo porque soy negro, que no os lo había dicho. No tiene nada de malo ser negro, sólo es un color, pero los negros, siempre hemos llevado muy mala fama. Ya en la Edad Media, si te pillaban, te acusaban de todos los males. Ahora, no, que las cosas han

cambiado pero un negro..., siempre es un negro. Pues eso, que soy negro y, como mi Katty es blanca como la leche, pues que igual se tiene a menos de juntarse con los de mi color.

Ah..., calla, que ya sale. Mírala como se contonea al caminar, segura de sí misma. Parece un ángel. Seguro que estaréis pensando que exagero pero, claro, es que vosotros no la veis: una auténtica estrella de cine, lo que yo os diga.

¿Y ése...? Qué cabrón..., pero... ¿de dónde ha salido? Míralo, que parece un galán de cine trasnochado con su bigotito, ahí, que se nota recién salido de la peluquería, como si lo viera. Un oportunista, un busca planes, un aprovechado de la debilidad femenina y la mira de soslayo con una sonrisa felina, y ojos caídos de perdonavidas. Esos, están más vistos que el tebeo.

¡La madre que la parió, la Katty de los cojones, cómo se está dejando querer! Si es que no te puedes fiar de ninguna. Si estuviera aquí cerca, le iba a decir cuatro frescas. Y al Don Juan barato ése, me le tiraba a la yugular para que se fuera a cortejar a su p..., mejor me callo..., mejor me callo...

Tal es el cabreo que llevo con esos dos tortolitos, que sin poder reprimirme, he saltado hacia la ventana como queriendo llegar hasta la terraza de Katty y me he dado contra el cristal. Afortunadamente estaba cerrada que, si no, me estampo contra el suelo de la calle, y vivo en un séptimo piso. Puede que mis celos sean desproporcionados ya que no hay nada entre ella y yo, salvo lo que me hace sentir al contemplarla pero, verlos ahí a los dos, refrotándose sus cuerpos desnudos, y a plena luz del día..., hala..., hala..., no me jodas..., que es para cabrearse. Seguro que no siente nada por él, un pollo pera del tres al cuarto, pero me habrá visto a mí en la ventana y como cree que no le hago el suficiente caso pues..., ¡venga!, a ponerme los dientes largos con el picha floja ése.

Pero no, no..., ésta no me está dando celos, no..., ésta..., ésta es un zorrón de mucho cuidado, que lo tiene ahora encima de ella puesta a cuatro patas y, mientras la mordisquea por el cuello..., el tío se la está tirando con todas las de la ley. Y delante de mis propias narices. ¿Se habrá visto cosa igual...? Ya es que ni hay respeto, ni hay nada: un sindiós, eso es lo que es esto, un sindiós.

No puedo seguir mirando y hacerme daño con lo que veo. Me echo en el sofá y me pongo a lloriquear como un bebé al que le han quitado su juguete. Toda esa arquitectura de amor que me había forjado con mi Katty, se me ha venido abajo de repente, en un instante, y sin poder inventarme excusas con las que poder seguir amándola.

¿Qué sentido va a tener mi vida a partir de ahora, si cada vez que me asome a la ventana la voy a seguir buscando, para nada? Pero... ¿y si aún me quiere y la aventura que acaba de tener con el dandy, es sólo un pasatiempo de aquí te pilló, aquí te mato? Sí, seguro, me digo, tiene que ser eso, que quizás se ha cansado de esperarme, de verme asomado a mi ventana sin atreverme a cruzar la calle y declararle mi amor y, claro, el cuerpo femenino tiene sus tiempos y sus urgencias que no pueden esperar porque la Madre Naturaleza es así, y les dice a las hembras: "Ahora, o nunca. O, con éste, o con aquél". Y ha sido sólo que, en ese instante fugaz suyo de hembra..., no estaba yo. Tiene que ser eso, me digo por darme ánimo.

Pero la vida es larga, habrá más amaneceres en el cuerpo de Katty y seguro que valorará, cuando ya nos conozcamos, que lo mío va en serio, que ni soy un galán, ni un aprovechado, ni un si te he visto no me acuerdo.

¡La echo en falta, la quiero...!, grito para mí sin que nadie más que yo, me oiga mostrar mis sentimientos al desnudo. Y a lo traidor, sin que ella me pueda ver, me asomo a la ventana otra vez, por una esquinita sólo, y allá la veo, sola, tomando el sol indiferente a mi sufrir. Intermitentemente, abre o cierra los ojos, según las nubes cubren o no el sol cegador de la mañana. Ni se mueve. Se ha quedado totalmente relajada. Igual, ni tiene remordimientos ni nada por su ingrata felonía la muy cabrona, ese bello putón verbenero que me tiene loco.

En cambio, el afortunado capullo que se la acaba de montar, ni está..., ni se le espera. Ya andará a la busca y captura de alguna otra veleidosa hembra ante la que atusarse los bigotes y marcarse una mirada de macarra, con brillo de Colgate en su sonrisa. Si son todos iguales, como calcados.

¿Me presento..., no me presento..., qué hacer, Señor, qué hacer para acertar ante esta voluble dama?

Y de nuevo, una congoja se apodera de mi corazón, porque temo que no voy a saber estar a la altura de lo que ella me requiera, y me entran unas tembladeras que no me sostengo en pie. Así que, otra vez, me refugio en mi sofá, y empiezo a llorar desconsoladamente pensando en que mi Katty..., nunca será para mí. Y mi lloriqueo, resuena por toda la casa, ante el que sólo Carol, se da por enterada y viene a darme consuelo.

"¿Qué le pasa a mi mimoso..., que le pasa a mi Martin, vamos a ver...?". Martin, soy yo, que me pusieron así por Martin Luther King, que también era negro, como yo. Y hace la pregunta al aire en un tono muy

cariñoso, con el que ella me suele arrullar cuando me pasa algo.

Yo, me quedo quieto en el sofá y ella se llega hasta mí, y me coge en alto, agarrado por el pecho y mis cuatro patas colgando lacias. Luego, me baja y me pone contra su pecho y con mi cabeza en su hombro, me dejo acariciar hasta que me calmo y ya no maúllo atrapado en mi tristeza que se disipa entre sus brazos. Ahora, ya, sólo noto el calorcito suave de su piel joven y el pelo rubio que me hace cosquillas en mis bigotes.

"Cuéntale a tu mami Carol, mi gatito lindo, mi Martin consentido..., lo que te pasa...", mientras me aprieta un poco más y, yo, que..., como a todos los gatos, me encantan las caricias..., pues me dejo hacer. Y a mi Katty..., que le den, pienso resentido. Será un poco golfa, no digo que no, pero es que es tan guapa...

F I N